



Poetas de la Alhambra

Ibn al-Yayyâb

M<sup>a</sup> JESÚS RUBIERA MATA



CUADERNOS DEL LABERINTO

FICCIONES

REVISTA DE LETRAS

GRANADA 2003

Nº9



Poetas de la Alhambra  
**M<sup>a</sup> Jesús Rubiera Mata**  
**Ibn al-Yayyâb**  
**❧**

## **Cuadernos del Laberinto**

Nº1. A-mar

*Miguel Ruiz del Castillo*

Nº2. Los ojos

*Manuel Talens*

Nº3. Primeros pasos - El mal ladrón

*Medardo Fraile*

Nº4. Mat 0

*Ignacio Caparrós*

Nº5. El hombre del maletín

*Ayes Tortosa*

Nº6. Los líquenes del sueño

*Ángel Olgoso*

Nº7. Una hoja de otoño

*Pedro Enríquez*

Nº8. Tres relatos

*Hipólito G. Navarro*

Granada, 18 de marzo de 2003

© Mª Jesús Rubiera Mata

Edita: Pedro Enríquez

Ficciones Revista de Letras

E-mail: [ficciones@ficciones.net](mailto:ficciones@ficciones.net)

Web: [www.ficciones.net](http://www.ficciones.net)

Imprime: EMgraf

[emgraf@eresmas.com](mailto:emgraf@eresmas.com)

Maquetación: Luis Molina Fuillerat

I.S.B.N: 84-95682-17-6

D. Legal: GR-475/2003

## IBN AL-YAYYÂB

La poesía árabe, al final de su largo camino medieval desde el desierto arábigo al jardín de Al-Andalus, enfermó de lánguida monotonía, agotado su ritmo solemne de caravana y mortecinas las estrellas fugaces de sus metáforas. Para retener en su senilidad a la belleza, que ahora le era esquivia, acudió a un insólito elemento estético: la escritura. El uso de lo gráfico como significante poético, el uso de la escritura como significante de la expresión poética, como hizo mucho más tarde Apollinaire con sus caligramas, no era extraño a la poesía árabe, porque el alifato —el alfabeto árabe— ha sido más que un sino de signos, algo más que una escritura; sus rasgos se habían estilizado y embellecido por una razón más profunda que el puro gusto estético de los calígrafos: la escritura árabe, con el Islam, estaba condenada a representar por medio de signos abstractos —sus letras— las imágenes vedadas por los versículos coránicos. Las letras del nombre de Alá, en cúfico, la escritura solemne, representaba de forma abstracta el Pantocrator de la pintura románica cristiana. Del uso religioso pasó al uso profano: la escritura ilustró todo tipo de objetos: platos, tinteros, espadas, ropajes, se cubrieron de los rasgos estilizados de la escritura árabe. Si lo que se grababa en un objeto era un poema el efecto estético era mayor, porque a la belleza del continente se unía la belleza del contenido. Tras

cubrir las artes menores la escritura pasó a la arquitectura para adornarla e ilustrar su significado.

Porque si la poesía árabe necesitó en su crepúsculo el auxilio de la caligrafía de la decoración y de la arquitectura, ésta —el palacio árabe— necesitó de la palabra escrita para que hiciese explícito su significado, ya que por sí sola era ambigua frente a los preceptos del Islam. Porque el palacio árabe, que incluye dentro de sí al jardín, emula al Paraíso coránico, un jardín transcendido con pabellones y fuentes de agua, modelo que imitan desde los palacios de la Samarra abbasí a los Alhambra nazarí. La tradición islámica amenaza con terribles castigos a quienes intenten construir un paraíso en la tierra. La leyenda cuenta que un rey de los 'Ad hizo construir una ciudad emulando el paraíso coránico, ciudad —jardín, ciudad arquetipo del urbanismo árabe donde se reunía toda la belleza sensorial que la estética árabe demanda a la arquitectura— y fue castigada con el grito de un ángel, terrible trueno que aniquiló a sus habitantes, quedando la ciudad —Iram, la de las columnas— condenada a ser un fantasma del desierto, un espejismo que sólo algún beduino afortunado podía vislumbrar.

La única salvación de la arquitectura regia es ser emblemática del poder del Islam. Así lo muestra una singular anécdota de época nazarí. Al sultán meriní Abû 'Inân, que aspiraba a reconquistar Al-Andalus, con o sin la ayuda de los emires nazaríes de Granada, un poeta granadino le recitó el famosísimo

poema de Ibn Jafâya de Alcira, rayano en la herejía desde el punto de vista islámico:

*¡Oh gentes de Al-Andalus! De Dios, benditos sois,  
con vuestra agua, sombra, ríos y árboles.*

*No existe el Jardín del Paraíso  
sino en vuestras moradas*

*Si yo tuviera que elegir, en éste me quedaría;*

*No penséis que mañana entraréis en el fuego eterno,  
no se entra en el infierno tras vivir en el paraíso.*

Como el sultán meriní se escandalizó ante el poema, el poeta granadino que lo había recitado se apresuró a aclarar que al-Andalus era el Paraíso del Yihâd, de la Guerra Santa, según el *hadîẓ* o tradición profética que dice “El Paraíso está a la sombra de las espadas”.

Así la arquitectura regia puede salvarse del anatema y de la maldición divinas, como símbolo del poder islámico. Los emires nazaríes construyeron palacios que emulaban al paraíso en la Alhambra, en el Generalife y en otros lugares de Granada y quisieron evitar la maldición divina convirtiéndolos en símbolo del poder islámico. Para ello se valieron de la escritura: en todas las paredes está escrito el lema de la dinastía que proclama: “*No hay Vencedor sino Alá*”, acompañado de versículos coránicos y de los poemas profanos que explican el significado de los edificios cuya belleza está al servicio del Islam.

Esta lectura de los palacios nazaríes como emblema del poder islámico fue leída perfectamente por el emperador Carlos V. Por eso construyó un palacio, que no habitó jamás, en la Alhambra, para ocultar con su emblema del poder cristiano el símbolo del poder islámico que significaban los palacios nazaríes. El palacio no derribó a la Alhambra, la hizo desaparecer como el grito del ángel a Iram de las columnas. Fue levantado en la entrada del recinto de la Alhambra de Muhammad V, escondió su fachada u ocupó el espacio de su plaza extramuros, al otro lado de las puertas, donde tenían lugar los actos públicos, donde se hacían los alardes militares y las grandes ceremonias. Sin esta entrada emblemática, sin plaza y sin fachada, oculta tras el palacio renacentista, solemne y fortísimo como una corona germánica de hierro, la Alhambra, ciudad, palacio y jardín, desapareció y sus edificios quedaban mudos, porque sus inscripciones poéticas quedan durante siglos por descifrar, transformándose para el espectador en bambalinas de escenas de harén, cuando fueron levantados para la gloria del Islam, mensaje que no es captado ni siquiera por los musulmanes que a veces manifiestan su indignación por lo que creen frivolidad de los soberanos nazaríes.

Afortunadamente desde el siglo XIX la Alhambra y el Generalife fueron estudiados y sus poemas lentamente descifrados. Ahora podemos conocer el significado de los palacios nazaríes y como en una venganza de la historia, el palacio de Carlos V se ha convertido en siervo suyo, como museo de la Alhambra.



Los poemas, que daban significado islámico a los palacios y a la propia monarquía nazarí, no podían ser escritos por cualquier poeta sino por aquellos que dominaban los secretos del poder. Estos eran los Grandes Escribas, los jefes o arráeces del *Dîwân al-insâ'*, la "Oficina de Redacción", que tenía rango de ministerio en el emirato nazarí, el lugar donde se redactaba la correspondencia real, en alambicada prosa rimada y perfecta caligrafía, firmada en rojo —el color dinástico— por el emir, y donde se redactaban los panegíricos oficiales que debían recitarse en las ceremonias palaciegas, en las pascuas musulmanas, en las celebraciones de los acontecimientos venturosos y en los fúnebres, como los entierros reales. Desde el punto de vista literario la "Oficina de Redacción" nazarí se parecería mucho a un taller donde los escribas, a modo de artesanos de la poesía y la prosa rimada, trabajaban el sutil material de la lengua árabe bajo la dirección del arráez, que corregía y pulía las obras de los poetas-funcionarios, además de las propias, destinadas estas últimas a ser recitadas o leídas en los momentos solemnes. Tras siglos de anonimato, ahora sabemos con certeza que el arráez del *Dîwân al-Insâ'* además escribía los poemas para ser inscritos en los edificios reales, ya que los poemas de la Alhambra y el Generalife son obra de los tres grandes arráeces de la "Oficina de Redacción" del siglo XIV: Ibn al-Yayyâb (1274-1348), Ibn al-Jatîb de Loja (1313-1375) e Ibn Zamrak (1333-1393).

Ibn al-Yayyâb, al que tuve la dicha de descubrir como poeta de la Alhambra, a través de su diván o poemario que se encontraba en un manuscrito olvidado en la Biblioteca de El Cairo, fue el primero, cronológicamente, de estos grandes poetas-funcionarios y maestro de su sucesor como en el cargo y en el oficio, Ibn al-Jatîb de Loja. Éste a su vez fue maestro del tercer poeta de la Alhambra, Ibn Zamrak. Ésta es la causa de la sorprendente identidad estilística de los poemas epigráficos de los palacios nazaríes y lo que llevó en otra época a atribuirlos a un único poeta.

Ibn al-Yayyâb era hijo de la ciudad de Granada. En ella pasó su existencia y muy pronto entró en la “Oficina de redacción”, pues ya escribió panegíricos en honor de Muhammad II a finales del siglo XIII. Sigue en esta función con el emir Muhammad III, de breve, trágico y brillante culturalmente reinado-hasta 1309-junto con su ministro Ibn al-Hakîm de Ronda, que detenta el poder, puesto que el emir se quedó ciego —ciego en Granada—. Cuando Ibn al-Hakîm es asesinado y Muhammad III depuesto, Ibn al-Yayyâb es nombrado arrâez de la “Oficina de Redacción”, cargo que ostentará hasta su muerte en 1348, sirviendo a los sucesivos emires granadinos: Nasr, Ismael I, Muhammad IV y Yusuf I, lo que es una trayectoria insólita en la corte granadina donde la conspiración, el puñal o el veneno terminaban con todas las carreras por muy brillantes que fuesen. No sabemos cual fue la aguja de marear que uso para sobrevivir en tan proceloso mar, pero fue en él habilísimo navegante. Tal vez tuvo que ver

con ello su sentido del humor del que habla su biógrafo Ibn al-Jatîb.

Su *divân* o colección de poemas, recogido también por su discípulo Ibn al-Jatîb, aunque incompleto por la incuria del tiempo que corroyó sus páginas, nos muestra que la poesía de Ibn al-Yayyâb acompañó a los emires nazaríes en todos sus actos como soberanos, desde la cuna a la sepultura, pues también redactó los epitafios de sus tumbas. Difícil escoger un poema entre tantos y de tan diferentes épocas. Valga el ejemplo del bello poema en el que describe el palacio que construyó el emir Muhammad III en el barrio granadino del Nayd, a cuyos pies corría el Genil, entre alamedas y cármenes. Su descripción nos recuerda los palacios de la Alhambra, pues la colina roja no fue la única que tuvo el privilegio de ver las construcciones reales:

*¡Oh palacio del Nayd, tú eres la más noble de las mansiones,  
pues has reunido lo bueno con lo óptimo!*

*Puedes enorgullecerte sobre todos los palacios existentes  
en todas las comarcas y regiones:*

*Tienes tal belleza que no tienes parangón  
con los palacios de Bagdad y de Gumdán;  
se han reunido en ti maravillas  
que sobrepasan cualquier idea y pensamiento;  
es tu cúpula como una novia que se pavonea*

*con su belleza seductora en el cortejo nupcial;  
el sol borda tras sus cristales  
vestiduras de todos los colores;  
brilla su belleza, y es, a veces, campo de batalla  
y otras, guarida de gacelas;  
su alberca como el mar tiene flujo y reflujo,  
mientras juguetea el viento con las ramas;  
es como un ejército al que se le ha ordenado retroceder  
y luego vuelve, de flanco, a sus posiciones;  
hacia ella se deslizan arroyos y riachuelos  
como espadas desenfundadas de sus vainas;  
los leones abren a su alrededor sus bocas  
y arrojan coral líquido;  
la tierra extiende su verde túnica bordada  
que ha tejido la mano de la lluvia;  
cuando la lluvia ha servido la bebida,  
los árboles agitan sus cuellos embriagados;  
los árboles cantan en árabe  
maravillosas canciones y sonos.*

También a través de los versos de su diván sabemos algo del hombre que había detrás del poeta de los nazaríes. Perdió a su único hijo varón en plena juventud y le dedicó un desgarrador treno, que muestra que la poesía árabe medieval no es tan insincera al expresar sus sentimientos como se ha dicho. Un simple fragmento lo muestra:

*Es verdad, te deposité en la tumba, apoyado sobre tu lado derecho,  
rehén de la lápida y de la tierra;  
luego di la vuelta, sin formular juramentos por ti,  
alejándome de los signos de la muerte;  
no cumplí lo ordenado cuando te enterré,  
ni rompí mi corazón ni mis vestiduras,  
si lo hubiese hecho con propiedad  
no hubiese podido comer, ni beber tras tu muerte;  
¡Qué duro es para mí entrar en una habitación,  
llamarte y que no contestes a mi llamada.*

Ibn al-Yayyâb fue también un hombre de profunda espiritualidad, devoto de Mahoma y miembro de una cofradía sufi. Muchos de sus poemas personales están dedicados a la devoción al Profeta del Islam y otros hablan de experiencias sufíes, como en el siguiente fragmento en la que habla de la embriaguez mística:

*Sírvenme el vino puro, sin mezcla,  
que es mi descanso y mi medicina;  
si se vierte una sola gota de vino en el vaso,  
el cristal transparente la ardiente claridad;  
si la bebe el perverso  
le ofrece un enigma y un secreto oculto;  
si lo bebe el iniciado,*

*le ofrece una verdad clara;  
le dejara suspendidos los sentidos  
y no podrá moverse;  
un aliento santo sopla sobre él, a la sombra  
de una puerta cerrada.*

Pero de toda su poesía destacan sus poemas epigráficos, por la sencilla razón de que fueron editados en las paredes de la Alhambra y el Generalife, en letras doradas, en la más bella caligrafía y en armonía con la decoración de atauriques. Y algunos de los poemas que Ibn al-Yayyâb escribiera para los palacios nazaríes se conservan aún en su lugar. Los más antiguos son los del palacio del Generalife, ese bello palacio-jardín donde los emires se refugiaban de los calores del verano, palacio de recreo, pero que fue reconstruido para conmemorar la victoria de la Vega, en la que murieron los infantes de Castilla, Don Juan y Don Pedro (1319), es decir, se erige como símbolo del poder del Islam. Así lo expresa el poema que se encuentra en el recuadro de los arcos, que dan entrada al interior del edificio. Ya en primer verso se habla de su significado político: su belleza refleja la grandeza del emir:

*Es un palacio de maravillosa hermosura y ejecución,  
en el que brilla la grandeza del sultán.*

A continuación se numera en donde está su hermosura:

*Obras bellas que lucen, flores que surgen,  
nubes que derraman la lluvia de la liberalidad.*

El agua es para los árabes el símbolo de la generosidad hasta el punto que la palabra *nadan* “rocío” utilizada como metáfora de la generosidad se ha lexificado como sinónimo de esta virtud. Si el rocío es generoso aún más lo son las fuentes, nubes, los ríos, los lagos y el mar usados hiperbólicamente para hablar de la generosidad de los soberanos. Las fuentes, acequias y surtidores de los palacios nazaríes además de su valor funcional y estético también son emblemáticos del poder del soberano. Se equivocó Manuel Machado al hablar del *agua oculta, que llora*, porque el agua de la Alhambra y el Generalife ni está oculta, ni llora, porque hace ostentación de la generosidad, manifiesta y alegre.

El siguiente verso nos habla de un tema también muy interesante. Cómo el palacio, en su decoración, intenta confundirse con el jardín:

*En sus costados las manos de sus artífices bordaron  
dibujos semejantes a flores.*

El verso siguiente es una imagen antropológica, querida de la poética árabe. Palacios y ciudades son bellas mujeres en espera de pretendientes. Baste recordar el romance de

Abenamar, donde Granada es requerida por el rey Don Juan y que refleja de tal modo la poética árabe que cabe suponer en un juglar morisco:

*Es como si su salón con su belleza fascinante fuese una novia  
que se muestra ante la comitiva nupcial*

El resto del poema es el panegórico de Abu-l-Walid Ismael I y la referencia a su victoria de la Vega:

*Le basta para ser noble y honrado,  
que los cuidados que le prodiga el vicario de Alá;  
el mejor de los reyes, Abû-l-Walid, el temeroso de Dios,  
el más selecto de la estirpe real de Qabtân;  
el que siguió las huellas de sus antepasados,  
los Ansâr, lo mejor de la estirpe de Aduan;  
ganó el cuidado regio que renovó  
la belleza de sus moradas y aposentos  
en el año del triunfo y la victoria del Islam,  
que fue, en verdad, milagro de la fe  
¡More en ti la dicha eterna, con luz que te ilumine,  
a la sombra de la paz!*

En las hornacinas que se encuentran a la salida del salón del Generalife en cuyo interior debía haber un jarrón aparecen



nuevos versos de Ibn al-Yayyâb que dan como el poema anterior significado político al palacio de recreo.

En la de derecha dice:

*Arco en la puerta del salón más feliz  
para servir a la Majestad en el mirador;  
¡Por Dios, qué bello está, de pie,  
a la derecha del rey incomparable!  
Como si su jarrón fuese una doncella  
subida sobre una tarima;  
¡Regocíjate con Ismael, pues con él  
Dios te honró! ¡Se feliz!  
¡Perdure con él el Islam  
con sumo poder, eternamente!*

En la hornacina de la izquierda, muy deteriorada, decía:

*¡Oh arco de la puerta del salón más grande!  
¡Regocíjate y alégrate con Ismael!  
El Misericordioso honró tu morada  
porque estás al servicio del rey más puro.  
Estás de pie a su izquierda, en un mirador.  
a su servicio.  
El jarrón de agua parece.....  
¡Continúe con él el Islam.  
con sumo poder ,eternamente!*

Aunque Ibn al-Yayyâb compuso más panegíricos para ser inscritos en los palacios nazaríes sólo se nos han conservados casi intactos los que se encuentran en el salón de la torre que es conocida como “Torre de la Cautiva”, enigmático edificio, torre albarrana en la muralla, lujoso palacio en su interior. Fue construido por orden de Yusuf I. En el salón interior en sus cuatro esquinas se colocaron cuatro paneles a los que bordean los versos de Ibn al-Yayyâb. Una vez más los versos nos hablan del poder del Islam, de la grandeza del soberano y, al mismo tiempo, nos dan detalles sobre el enigmático edificio, al que se llama *calahorra*, palabra de origen incierto, que se encontraba en el dialecto andalusí.

En el poema de la primera esquina, a la derecha de la puerta, se describe a la torre y se dice de ella que brilla como una antorcha, ideal estético de la arquitectura árabe, mil veces repetido hasta el en el romance morisco de Abenamar, donde la de los palacios nazaríes se dice que, *altos son y relucían*. A continuación nos describe su decoración, sus azulejos —otra palabra andalusí—, su pavimento y da un detalle curioso: quienes han construido la torre han sido esclavos *elches*, es decir, extranjeros, cautivos cristianos, forzados a ello. Finaliza hablando del emir Yusuf I y de su estirpe que entronca con los Ansâr, es decir, con los que ayudaron a Mahoma, con el epónimo Nasr, que dio nombre a la dinastía. Es curioso que llame al Profeta del Islam, Señor de la Escala, aludiendo al viaje que

hizo Mahoma a los cielos y a los infiernos en compañía del arcángel Gabriel:

*Torre, grandiosa entre las torres,  
la Alhambra se enorgullece de ella como corona;  
Calaborra, se nos muestra por fuera, mas oculta dentro  
un palacio que resplandece como una antorcha;  
Hay en ella obras primorosas en las que compiten en linaje  
las piezas únicas y las emparejadas;  
Hay labores de azulejo en sus paredes  
y en el pavimento labores de brocado;  
Le ha bastado la fuerza del Islam para que los cautivos extranjeros  
trabajasen forzados en ella;  
viste un bordado regio cuando aparece en ella  
el nombre de Nuestro Señor Abû-l-Hayyây,  
poseedor de la grandeza, de la bravura, de la generosidad;  
auxilio del que implora, benéfica lluvia del que espera;  
es de la familia de Sa'd, de los Banû Nasr, de los Ansâr,  
que dieron hospitalidad al Señor de la escala.*

El poema del segundo panel compara a la torre con un león, que simboliza al guerrero, al combatiente del Islam y de ahí su aparición en los palacios nazaríes. Luego Ibn al-Yayyâb se adentra en utiliza imágenes astrales, aprovechando que en árabe *Bury* “torre” tiene también significado estelar.

*No hay nada semejante a esta excelsa obra;*

*apenas apareció se divulgó su fama por el mundo;  
 ¡Por Dios!. Es una torre como un león de fiero aspecto  
 que guarda y defiende ¡Guardaos de su violenta acometida!  
 La Alhambra se ha adornado con ella de tal suerte  
 que brilla con sus adornos como flores olorosas;  
 Calaborra a las que sostienen las estrellas del espacio  
 en la esfera celeste y la cruzan las constelaciones;  
 En cuanto a su construcción, la amplitud de sus mármoles  
 y su hechura causaron admiración al ser vistos.  
 Cuando Yusuf muestra su faz es como un sol  
 que no se oculta al ocaso  
 Es de la familia de Nasr ¡Continúe victorioso y feliz  
 y construya lo que quiera como quiera*

El tercer poema en el panel de la tercera esquina Ibn al-Yayyâb habla de la paradoja de la edificación, de su doble condición de torre fortificada que encierra dentro un palacio. Pero lo más interesante de este poema es la imagen poética que utiliza, ya que compara la decoración de la torre con figuras literarias. Así vemos como se habían fundido la poesía con la decoración, la escritura con la arquitectura:

*Esta obra engalana la Alhambra,  
 es morada del pacífico y del guerrero;  
 Calaborra que contiene un palacio  
 ¿Es fortaleza o acaso mansión de recreo?  
 Es un palacio donde el esplendor está repartido*

*en su techo, su suelo y sus paredes;  
en el estuco y en los azulejos hay maravillas,  
pero las labradas maderas de su techo son aún más bellas;  
porque tras reunir tantas maravillas las subió  
al lugar más alto;  
parecen poéticas imágenes, paranomasias y trasposiciones,  
los enramados y las incrustaciones.  
Cuando aparece el rostro de Yusuf es un prodigio  
Donde se han unido todas las perfecciones;  
Es de la gloriosa tribu de Jazrây cuyas obras en pro del Islam  
son como la aurora que aparece en el horizonte*

En el cuarto poema vuelve a describir la torre, sin que se añada ningún elemento más a lo anterior:

*Esta excelsa torre, que ha puesto en el aire el Imâm más noble  
ha ennoblecido la Alhambra;  
Es una calaborra en cuyo interior hay un palacio;  
Dile "fortaleza" o "lugar de recreo".  
En sus paredes hay dibujos cuya descripción  
supera los límites de la elocuencia;  
¡Mira y observa!. Todas las figuras están proporcionadas,  
son dobles hileras, bien distribuidas;  
siempre que mires, verás brocados  
de diferentes clases, dorados y sobredorados;  
obra de arte que produjo la sabiduría  
sólo lograda por el califa Yusuf,*

*rey que venció a los reyes, cuya gloria  
se menciona en la invocación.*

*¡Continúe para su reino la victoria del Islam con firme paso!*

Estos poemas están en estas páginas descarnados como figuras chinescas. En la traducción perdieron parte de la belleza que le diese el la aliteración de su rima, las imágenes del lenguaje, la música solemne de su métrica combinatoria de sílabas largas y breves. Se dirá que todo esto sucede en toda traducción, pero en este caso no sólo han sido despojados de su significante fonético sino de su otro significante: la escritura, porque no fueron creados para ser recitados sino para ser escritos en hermosísima caligrafía y editados en las paredes decoradas por atauriques y arabescos de los palacios nazaríes. Recordemos lo que dijo otro de los poetas de la Alhambra, Ibn Zamrak en un verso del Mirador de Lindaraja, explicando la función última de la poesía epigráfica, la unión de arquitectura, decoración, caligrafía y elocuencia:

*Todas las artes me dieron su hermosura*

## M<sup>a</sup> JESÚS RUBIERA MATA

Catedrática de Lengua y Literatura Árabes. Universidad de Alicante. Licenciada y doctora por la Universidad Complutense de Madrid. Fue profesora titular de “Literatura Árábica” en esa misma Universidad. Luego se trasladó a Alicante donde logró la Cátedra de Lengua y Literatura Árabes en 1985.

Su memoria de licenciatura y su tesis doctoral versaron sobre dos poetas y políticos de la Granada nazarí: Ibn al-Hakim de Ronda, la primera, e Ibn al-Yayyâb de Granada, la segunda.

La investigación sobre este personaje y su obra poética fue publicada por el Patronato de la Alhambra (1<sup>a</sup> edición, Granada, 1982, 2<sup>a</sup> edición, aumentada, Granada, 1994). Aunque en su dilatada producción bibliográfica —quince libros y unos doscientos artículos— ha tratado de muy diversos temas todos ellos relacionados con la historia cultura y literatura de Al-Andalus, la Alhambra y Granada han seguido siendo un tema fundamental en sus investigaciones y publicaciones. Así, por ejemplo, su libro “La arquitectura en la literatura árabe” (1<sup>a</sup> ed. Madrid, 1982, 2<sup>a</sup> Madrid, 1988, traducida al italiano, Génova, 1990, Munich, 2001) debe muchas de sus páginas a la literatura de la Granada nazarí.

### **Ibn al-Yayyâb**

La poesía árabe, al final de su largo camino medieval, desde el desierto arábigo al jardín de Al-Andalus, enfermó de lánguida monotonía y para retener a la belleza que ahora le era esquiva, acudió a un insólito elemento estético: la escritura. La arquitectura árabe absorta en la abstracción de sus arabescos acudió a la poesía para que descifrara su significado. De estos dos itinerarios nació la poesía epigráfica de la Alhambra y el Generalife, cuyo primer artífice fue Ibn al-Yayyâb de Granada.

Ibn al-Yayyâb de Granada (1274-1348), escriba, ministro y panegirista de los emires nazaríes de Granada escribió en los muros de la Alhambra y el Generalife sus poemas en alabanza de sus soberanos y sus poemas, que aún podemos ver en el lugar donde fueron grabados, nos explican la función de esta insólita escritura, aunque la figura y obra de Ibn al-Yayyâb tiene muchas otras facetas.

De este cuaderno *Ibn al-Yayyâb*, de M<sup>a</sup> Jesús Rubiera Mata, se han editado 350 ejemplares, numerados y firmados por la autora.

# Los *martes* de la *Cuadra Dorada*